

Revista
Estudiantes de Filosofía
λέγειν
Légein 10

REVISTA DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA
enero - junio 2010

Alexander Oliveros Tapias

Licenciado en Filosofía de la Universidad del Valle. Su Trabajo de Grado se denominó: “La crítica de la razón histórica en Raymond Aron”. En su satisfactoria experiencia universitaria se destacan ponencias en eventos de carácter nacional e internacional, monitorías académicas en cátedras introductorias, publicaciones de artículos en revistas especializadas. Actualmente se desempeña en dos campos profesionales: por una parte, como docente de bachillerato en las áreas de sociales, filosofía y economía; por otro lado, como relator en una fundación para la formación de jóvenes en programas de protección.

Correo electrónico: alexander.oliveros@hotmail.com

EL PROBLEMA DE LAS LEYES HISTÓRICAS: ESBOZO DE UNA REFLEXIÓN ALREDEDOR DEL MARXISMO

Alexander Oliveros Tapias

Universidad del Valle

RESUMEN

En la formulación de la crítica de la razón histórica, Raymond Aron traza el sobresaliente propósito teórico de liberar al devenir de las marchas inevitables que reprimen su naturaleza inagotable y equívoca. En el margen de este propósito, el pensador francés, constituyéndose en uno de los detractores más consistentes de las leyes históricas, encuentra en el examen crítico del marxismo una visión universal del destino humano que atenta catastróficamente contra la potencia innovadora y la pluralidad creadora que extiende el devenir en cada una de sus impares realizaciones. En este sentido, la doctrina de Marx, lejana de la ciencia y cercana de la religión, fracasa como ley universal en la medida en que incurre en predicciones subjetivas y en generalizaciones apresuradas que sobrepasan el margen de la experiencia. Finalmente, valiéndonos de la pertinente lección aroniana, revelaremos cómo la historia se manifiesta como un hecho de naturaleza contingente, individual y libre, en virtud de que el hombre mantiene la desenvuelta posibilidad de proyectar en el tiempo sus proyectos singulares, sin coacción de fórmulas necesarias que proclamen de antemano su inacabado porvenir.

Palabras clave: Ley histórica, Filosofía marxista de la historia, innovación, accidente, libertad, Aron.

ABSTRACT

In the formulation of the critic of the historical reason, Raymond Aron draws up the excellent theoretical intention to release when happening of the inevitable marches that repress their inexhaustible and ambiguous nature. In the margin of this intention, the French thinker, constituting itself in one of the most consistent detractors of the historical laws, finds in the critical examination of the marxism a universal vision of the human destiny that attempts catastrophic against the innovating power and the creative plurality that happening in each of its uneven accomplishments extends. In this sense, the doctrine of Marx, distant of the science and near of the religion, fails like universal law insofar as it incurs subjective predictions and hurried generalizations that exceed the margin of the experience. Finally, being worth to us of the pertinent aronian lesson, we will reveal how history is pronounced like a fact of contingent nature, individual and frees, by virtue of which the man maintains the eloquent possibility of projecting in the time his singular projects, without coercion of necessary formules that they proclaim its unfinished future beforehand.

Key words: Historical law, Marxist Philosophy of history, innovation, accident, freedom, Aron.

El determinismo es siempre fragmentario: instantáneo si se trata de explicar un acontecimiento, parcial si es el caso de construir regularidades. En cuanto a las leyes a las que se elevan algunos filósofos, estas pierden probabilidad a medida que son confirmadas por ejemplos más raros y analogías más lejanas; ellas aíslan ciertos aspectos de esas evoluciones desmesuradas, sin estar seguras de alcanzar ni las formas decisivas ni las realidades esenciales. Este pensamiento sólo llega a generalizaciones más o menos azarosas, a fórmulas construidas y probables que la fe y la pasión erigen como fatalidades. No existe sistematización causal, como tampoco existe un primun movens de la historia total.

RAYMOND ARON

Raymond Aron, en la formulación de su reaccionario proyecto filosófico, *la crítica de la razón histórica*, entendida como el programa que intenta reivindicar el carácter inagotable y equívoco del devenir, se muestra en el horizonte de su turbulenta época como un asiduo crítico que se enfrenta de manera perspicaz a cualquier visión totalizadora y determinista de la realidad que proclame anticipadamente el destino humano, promoviendo más bien la imagen de un irregular transcurso temporal que manifiesta desenlaces inciertos, sentidos múltiples, cursos variables, dinámicas espontáneas, secuencias novedosas y efectos inesperados. De acuerdo a este imponente cuadro general, mostraremos conceptualmente porqué el pensador francés se convierte en uno de los opositores más consistentes de las leyes históricas, haciendo aguda referencia a la visión panorámica del devenir que entraña el marxismo.

En primer lugar, definiremos las leyes históricas como aquellos enunciados de valor necesario que predicen la reproducción de un acontecimiento social de orden específico en el tiempo. En segunda medida, indicaremos, remitiéndonos a un postulado preciso, cómo la filosofía marxista de la historia se constituye en una hipótesis económica que sostiene en términos científicos que en el primado de la economía reside el primer principio y el sentido final del género humano en el transcurrir del tiempo. En tercera instancia, advertiremos que esta concepción, en la formulación de su teoría y en la prescripción de su perspectiva, atenta contra la potencia innovadora y la multiplicidad creadora que el devenir manifiesta en cada una de sus realizaciones. En cuarto grado, constataremos porqué esta ley se acerca al dominio

de la religión en la medida en que ambas profieren en sus contenidos doctrinarios un dictamen irrevocable del destino de los hombres. En quinto momento, demostraremos que el sistema marxista no se puede convertir en una proposición universal, dado que su pronóstico apenas responde a una perspectiva subjetiva y a una generalización apresurada que examina el movimiento de la historia desde un único enfoque que desestima la voluntad del individuo en su definición particular. Finalmente, valiéndonos de la pertinente lección aroniana, revelaremos cómo la historia se manifiesta como un hecho de naturaleza contingente, individual y libre, en virtud de que el sujeto mantiene la desenvuelta posibilidad de proyectar en el tiempo sus proyectos singulares, sin coacción de fuerzas impositivas que proclamen de antemano su inacabado porvenir.

1. UNA BREVE DEFINICIÓN DE LAS LEYES HISTÓRICAS

Nos situamos ante uno de los más graves obstáculos epistemológicos que menoscaban en líneas profundas el variable curso del devenir por las profusas llanuras de la libertad. A la luz del proyecto aroniano, las leyes históricas, en vista del sentido inevitable que envuelve a cada una de sus predicciones, privan de manera directa al destino de su fortaleza creadora y de su efecto espontáneo. Preguntémonos de inmediato: ¿Qué es una ley histórica? En su acepción más amplia, las leyes históricas designan una serie de regularidades de naturaleza social cuyo cumplimiento forzoso se esperan en el porvenir. Fundamentándose en requerimientos de tipo determinista, éstas indican a través de previsiones teóricas aquellos factores que, entrelazándose en la intervención de causas y en la derivación de efectos, desencadenan la reproducción fáctica de un acontecimiento específico en una sección ulterior del tiempo (ARON 1984: 321). Las leyes históricas, trasladando las certezas axiomáticas y las sentencias apodícticas de las ciencias exactas al dominio fortuito y al campo contingente de las ciencias humanas, metodológicamente fundan su contenido hipotético en la ordenación de premisas formales que vaticinan inequívocamente el curso de los hombres hacia una dimensión delimitada de la temporalidad. Así, por ejemplo, en diferentes ámbitos sociales, encontramos, por un lado, leyes históricas de carácter económico que establecen cómo se distribuirá jerárquicamente la

riqueza entre las asociaciones, y por otra parte, leyes históricas de carácter político¹ que formulan cómo se relevarán gradualmente los regímenes entre los grupos.

2. CARACTERIZACIÓN GENERAL DE LA FILOSOFÍA MARXISTA DE LA HISTORIA

En términos palmarios, subrayemos que las leyes históricas, inscritas siempre en el marco de una teoría científica, resultan sumamente insuficientes y hondamente imperfectas para comprender de manera definitiva la intrincada evolución del universo humano en la marcha del tiempo. Para dilucidar tal anomalía, tomemos en consideración un paradigma muy pertinente al respecto, a fin de indicar sus inconvenientes a la luz de la crítica de la razón histórica. En el caso de una ley estática, válida para todas las colectividades, revisemos, a grandes rasgos, la filosofía marxista de la historia en sus supuestos primordiales, en función de distinguirla lógicamente en sus partes constitutivas. En el *Manifiesto Comunista*, Marx, siguiendo el materialismo histórico hegeliano, formula su propia teoría del devenir. Para el Maestro alemán, la historia del hombre empieza en el mismo momento en que surge la lucha entre sectores económicos², conflicto

¹ Aron, a propósito de las leyes históricas de carácter político, se remitirá a la clásica concepción de los griegos acerca de la sucesión regular de los regímenes, a fin de demostrar sus desaciertos: "Consideremos otro ejemplo clásico, la sucesión de formas de gobierno, ley histórica cuyo origen se remonta a los filósofos griegos. Ante todo sería indispensable definir con precisión la democracia, la aristocracia, la tiranía, etc., para que la comparación de los casos históricos resulte rigurosa. Luego, para obtener suficientes presentaciones sería necesario o que se tratase de un ciclo o que la evolución haya sido observada en diversas sociedades. Los griegos fundaban sus instituciones sobre esta doble verificación. Hoy observaríamos sólo los casos favorables. Ciertas democracias duran sin degenerar. Además, esas evoluciones típicas son macroscópicas, aisladas, simplificadas: reemplazan cada serie histórica concreta por una imagen esquemática, aíslan un sector político de la vida colectiva, agrupan en la unidad de conceptos una multiplicidad de acontecimientos y actos. Su desarrollo depende de condiciones exteriores. Su imprecisión es grande puesto que el ritmo del devenir no es fijo. Su repetición es incierta, en tanto que las causas de esta regularidad macroscópica no se hayan esclarecido" ARON 1984a, *Introducción*: 328.

² El Manifiesto Comunista empieza con la siguiente afirmación: "La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases" MARX (1972): 30.

que, ilustrado cronológicamente, se remonta desde la pugna entre amo y esclavo, señor y siervo, prolongándose hasta el mundo moderno en la confrontación trágica entre la clase capitalista opresora y la clase asalariada oprimida. En este moderno escenario de disparidades y de tensiones, la burguesía, sustentada en prácticas de dominio y en hábitos de explotación, persigue para sí misma beneficios cada vez mayores, colocando inconscientemente en marcha fuerzas sociales de carácter irreversible que dan nacimiento a la clase destinada a culminar decisivamente con el poder avasallador, a saber, el proletariado³. A medida que esta clase trabajadora vaya creciendo cuantitativamente y en conciencia política, el antagonismo derivado de la abismal diferencia entre sectores económicos agitará la revolución obrera que desencadenará la desaparición del capitalismo y el advenimiento del socialismo⁴. Así las cosas, se extinguirá irreparablemente la distinción de clases en obediencia al desvanecimiento mismo de la propiedad privada y de la división social del trabajo, dando lugar al fraterno reino de igualdad entre el género humano.

Una vez revisados la columna doctrinaria que envuelve al marxismo como ley universal del devenir, indiquemos de inmediato que este sistema, en su contenido general, se puede comprender abreviadamente como una visión universal del tiempo que traza en líneas hipotéticas el movimiento inicial y el desenlace final para la integridad de la historia humana. Desde este enfoque, Aron clasificará la doctrina de Marx bajo la categoría de *la filosofía dogmática de la unidad total del devenir histórico*, en cuanto que esta procura articular de manera arbitraria la diversidad histórica de los hombres en el conjunto de una historia única. Ahora bien, según Aron, en el pensamiento de Marx podemos advertir dos elementos constitutivos: la *teoría* y la *perspectiva*⁵. En primer lugar, la *teoría*, como el componente doctrinario que señala el primer principio

³ Marx dirá enfáticamente: "Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñaran esas armas: los obreros modernos, los proletarios" MARX (1972): 37.

⁴ Marx advierte al final del Manifiesto: "Que las clases dirigentes tiemblen ante la revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen en cambio, un mundo a ganar. ¡Proletarios de todos los países uníos!" MARX (1972): 67-68.

⁵ En palabras de Aron: "Llamamos teoría a la doble afirmación relativa a la eficacia de la economía entre los factores materiales y a la relación entre materia social e idea. Designamos perspectiva a la orientación de todo el pasado humano hacia el conflicto ac-

de la historia, sería la fórmula que sostiene que el motor primario del devenir es la economía, entendida como la regulación conflictiva dada cronológicamente entre las clases opresoras y las clases oprimidas por la mediación lucrativa de la acción transformadora del trabajo. En segundo lugar, *La perspectiva*, como el componente doctrinario que prescribe el sentido último de la historia, sería el razonamiento que proclama en el porvenir el triunfo del proletariado y el derrocamiento del capitalismo, como resultado de la revolución obrera que culminará decisivamente con la explotación y la discordia en el marco de la instauración de la igualdad.

3. MARX Y EL OLVIDO DE LA POTENCIA INNOVADORA DEL DEVENIR

Ahora bien, sin ánimo de menoscabar apresuradamente el diagnóstico de Marx en el siglo diecinueve, convengamos en principio que esta ley haya sido experimentada en el ámbito social por la mayoría de las civilizaciones conocidas hasta nuestros días, es decir, aceptemos de modo preliminar que un número amplio de sociedades en todos los órdenes cronológicos se han edificado por la fuerza directa de la interminable lucha entre clases antagónicas. No obstante, excederíamos la experiencia sensible en sostener que esta dinámica económica seguirá desarrollándose cíclicamente en el tiempo, atentando de manera crasa contra la potencia inédita que reviste al devenir en cada una de sus realizaciones. Pues bien: ¿Acaso podríamos asegurar desde la invocación de evidencias certeras que las reacciones de las asociaciones humanas ante la crisis del capitalismo derivarán necesariamente en la instauración del socialismo como régimen conciliador del antagonismo entre hombres? Inferimos en grado coherente cómo el marxismo, manteniéndose en previsiones que rebasan sin reparos el orden de lo empírico, disuelve aquella cualidad intrínseca de la historia que Aron subrayaba reiteradamente en la delineación de su programa filosófico: *la innovación* (ARON 1984a: 324-325). En virtud de que los desenlaces inesperados se constituyen en la constante incondicional del transcurso del tiempo, en conveniente medida acertamos en colegir que el sistema

tual de clases, el triunfo del proletariado y el advenimiento del socialismo". Véase ARON 1984b, *Introducción*: 67.

marxista, en imposición de un destino impreso en cualidad de mandato definitivo, usurpa a las colectividades de su libertad de propiciar la construcción de nuevos entornos en el devenir. El agudo problema teórico de esta doctrina reside, entonces, en reducir arbitrariamente la esplendorosa pluralidad de universos espirituales que despliega de forma espontánea cada realización humana, captando en una indisoluble unidad la irresoluble multiplicidad de las sociedades en el transcurso del tiempo.

Respecto a la ley marxista de la historia, agreguemos que este postulado excluye en su contenido otras facetas constitutivas en la cimentación de las sociedades, puesto que mantener la prolongación viciosa de una economía eterna, significa, en el margen de la teoría del conocimiento, moverse en la limitada óptica de una hipótesis que se comporta sumamente estrecha en la percepción de los plurales componentes que intervienen de manera directa en la edificación histórica de las colectividades. A la luz de esta palmaria anomalía epistemológica, corresponde decir que, en vez de avistar la historia a partir de una estricta concepción economicista, estamos exigidos a comprenderla desde el minucioso examen integrador de variados factores subyacentes en la ordenación del devenir. Así, rebasando el factor económico como fuerza motriz fundamental en la relación entre individuos, resulta apropiado considerar, de acuerdo al contexto en que nos situemos, las diversas circunstancias que entretejen el enrevesado fenómeno humano en el transcurso del tiempo. El *factum economicum* no es el único motor histórico. Los hechos no se agotan rigurosamente en este dominio, están movidos en su infinita complejidad por influencias políticas, sociológicas, psicológicas, religiosas, espirituales y culturales, expresadas en ideas, valores, sentimientos, imaginarios, proyectos, reacciones, temores y esperanzas, por cierto, concretas, jamás reductibles al dominio de un único impulso. En el foco de estas múltiples representaciones, el hombre de acción está llamado a depositar la atención para situarse atentamente en su época, a fin de advertir con agudeza suficiente las heterogéneas potencias y energías que penetran la modelación de su medio. Por consiguiente, la sugerencia práctica de fondo es convertirnos en observadores críticos de nuestro presente, mirando más allá de los presupuestos inamovibles de las leyes históricas, recabando escrupulosamente alrededor de los sucesos que aparecen *dados* a partir de una previsión determinista de la realidad.

4. EL MARXISMO Y SU REVESTIMIENTO MÍSTICO

Aún presintiendo el intenso malestar que despertaría en aquellos fervientes simpatizantes que se denominan emisarios de la verdad universal que pone al descubierto el *alfa* y el *omega* del devenir, no podremos detenernos en el trazado propósito de demostrar que la sugestiva filosofía de Marx roza de manera amplia el umbral de la religión, transitando del postulado científico a la revelación omnisciente. Perteneciendo el marxismo a la categoría de las leyes históricas que sentencian en su formulación hipotética un movimiento cíclico para el conjunto de todas las sociedades, este sistema se puede considerar perfectamente como las cenizas de una aniquilada providencia de Medioevo que ha sido resucitada en sus más símiles facciones en el cuerpo de una teoría científica. La modernidad, espectadora vanidosa, o mejor, ejecutora presuntuosa de la muerte de aquel omnisciente Dios que profería evidencias en todos los órdenes de la vida terrenal y espiritual, ahora recurre con reverencia a los principios de una nueva deidad, el materialismo como fuente suprema de iluminación que descifra cristalinaamente el *por qué* y el *para qué* del hombre en el mundo. El marxismo, en el horizonte de una época sumida en el signo de un reacio escepticismo que renuncia a creer de una vez por todas en la promesa de bienaventuranza que emerge de la sacral fuente de la omnipotencia, se eleva sin más remedio a la más encumbrada racionalidad, adquiriendo la forma de un misticismo apenas disimulado que posibilita sembrar la fe ya no en largos plazos devocionales que se pierden en la incertidumbre, sino en el presentimiento de una próxima realidad que avisa a pasos vertiginosos la consumación del estado ideal, la reconciliación de la humanidad en el paraíso del socialismo.

Por supuesto, deteniéndonos en la religión y en el marxismo, en el propósito filosófico de examinar sus particulares modos de ser, encontramos que ambos fenómenos de influencia social se comportan equivalentemente en cada una de sus facetas doctrinarias. Por una parte, la religión le impone al ferviente profesar aceptación a una divinidad, fe a un creado, obediencia a una moral y participación a un culto. En esta medida de conformidades le franquea al hombre su comienzo y su desenlace, su peregrinación de cuerpo finito en la tierra a alma infinita en el cielo. Por otra parte, el marxismo le reclama al simpatizante asumir una actitud de sospecha que desenmascare la desigualdad, una

conciencia política que enfrente la opresión y una fuerza revolucionaria que materialice la emancipación. En esta adopción de disposiciones le revela al individuo su origen, su lugar y su evolución en el devenir. Revisadas paralelamente estas dos realidades, nos convencemos aún más del entrelazamiento de sus similitudes. La religión se convierte en la luminiscencia que vaticina la salvación a las imperfectas criaturas en su efímero tránsito terrenal; el marxismo se constituye en la imagen que pronostica la fraternidad a la agraviada humanidad en su lastrada disputa antagónica. La convicción de la religión es la eternidad en forma espiritual, la bienaventuranza; la certeza del marxismo es la libertad en figura política, el socialismo. En últimas, religión y marxismo, en sus más transparentes esencias, se pueden sincretizar sin problema alguno como visiones reivindicadoras que tienden a la reconciliación del género humano toda vez que éste ha atravesado largas épocas de pecado y barbarie, de impiedad y egoísmo, de desobediencia y explotación, de desenfreno y dominación. Revisemos el siguiente pasaje que nos expone Aron:

La versión teológica de la unidad del pasado es muy conocida; basta con que nos refiramos a la teología cristiana y nos representemos a la humanidad como creada en cierto momento del tiempo. La historia empieza con la caída, con el pecado, y la historia de la humanidad es una especie de viacrucis que conduce a la salvación de los individuos o bien a la salvación colectiva. Sin embargo, la versión cristiana de la unidad de la aventura humana no es la única que concibe la historia de la humanidad como una unidad; en las versiones secularizadas -filosofía del progreso o filosofía marxista-, las fases típicas de la representación cristiana de la historia se convierten en momentos de la aventura colectiva de la humanidad. Entiendo por ello que en los orígenes se supone el comunismo primitivo, y que hay una caída de este comunismo primitivo a sociedades de clases, en que éstas últimas son a la vez que una caída respecto del comunismo primitivo una fase necesaria, más allá de la cual se representa la reconstitución de la unidad humana al fin de los tiempos. Los judíos probablemente se representaban algo como la reconstitución de la unidad humana en el momento de la reedificación del templo de Jerusalén, y en la versión primitiva u original de marxismo existe la huella de tal unidad: el régimen capitalista es el último régimen antagonista, y el régimen que lo sucederá pondrá término a la lucha de clases,

puesto que el socialismo, al desarrollarse sobre la base de medios de producción desmesuradamente extendidos, podrá asegurar a todos los hombres las condiciones de una existencia decente, y sobre todo, lo cual es lo esencial de la idea de la salvación humana, sustituirá la lucha del hombre contra el hombre por una humanidad reconciliada (ARON 1996: 107).

En el marco de una mirada minuciosa, podemos continuar verificando que las dimensiones singulares de la doctrina religiosa y de la doctrina marxista se comportan de un modo ordinariamente análogo. Por una parte, el hombre de devoción, carente de juicio, aguarda que la deidad no traicione su convicción en el credo y que cometa lo revelado: la reconciliación de la humanidad en el reino del cielo tras el infausto drama que ha significado el destino terrenal de las criaturas desde su fatal caída en el pecado. Por otro lado, el sujeto de acción, nutrido de confianza, espera que el materialismo no engañe su adherencia al sistema y que plasme lo prescrito: la reconciliación de los individuos en el régimen de la igualdad tras una sangrienta lucha entre amos y esclavos, señores y siervos, patricios y plebeyos, capitalistas y proletarios. En el horizonte de este paralelo que parece unificarse cada vez más en una sola figura, podemos constatar cómo el movimiento marxista, en su fondo, primariamente pareciera ser un sincretismo íntimo entre las nociones de la ciencia y los designios de la teología, una correspondencia suspicaz entre los supuestos de tipo positivista y los postulados de orden místico, una asociación enigmática entre las leyes de la dialéctica y los misterios de la fe. Ya Aron nos recordaba esta transparente semejanza del marxismo con la religión en el preámbulo de su obra *El opio de los intelectuales*, retomando las pertinentes palabras de la pensadora francesa Simone Weil, quien encuentra en la filosofía de Marx una paradoja que resquebraja su contenido: “El marxismo es por completo una religión, en el más impuro sentido de la palabra. Tiene notablemente en común con todas las formas inferiores de la vida religiosa el hecho de haber sido continuamente utilizado, según la expresión tan justa de Marx, como un opio del pueblo”⁶.

⁶ WEIL, Simone, citada en ARON, Raymond (1957): 7.

5. EL MARXISMO Y SU FRACASO COMO LEY UNIVERSAL

Averigüemos ahora: ¿Por qué la filosofía marxista no se puede fundar como una ley universal que permita establecer el ritmo total de la historia? En el camino de la reflexión han quedado apuntados los impedimentos más importantes al respecto. Primero, el marxista, a partir de su visión parcial de la vida, decide el motor del destino apelando a la elección de valores estrictamente económicos, apresurándose a generalizaciones concebidas desde la mera arbitrariedad de su proceder metodológico. Segundo, el marxista, al dictaminar un compás cíclico al orden del tiempo, fatídicamente está excluyendo los accidentes, las fluctuaciones y las imperfecciones que componen el complejo entramado de los acontecimientos sociales. No obstante, sumado a estas incuestionables razones de orden epistemológico, no podemos olvidar, siguiendo la indicación de Aron, un dato netamente humanístico que sostiene con mayor raigambre nuestra observación: “En verdad, el hombre nunca se deja encerrar en una intención única; manifiesta su imprevisible libertad por la pluralidad de universos en los cuales proyecta sus sueños, sus esperanzas o las imágenes múltiples de su vida real” (ARON 1984a: 346). A la luz de esta acertada caracterización, encontramos que el ser humano, a diferencia de la naturaleza, no se puede reducir a la categoría de fenómeno previsible a través de leyes sustentadas en la certeza de la ciencia, antes bien, descubrimos que éste, único en su ubicación espacial y temporal, se resiste rotundamente a dejarse encerrar en una proclamación impar que reduzca de antemano su indefinido devenir. Poseedor privilegiado de una extensa libertad, él nunca podría entregar su voluntad al arbitrio del determinismo, porque posee la inagotable capacidad de escoger, entre la pluralidad de universos espirituales que su entorno le ofrece, aquella realidad sobresaliente para proyectar históricamente sus sueños, sus esperanzas y sus imágenes.

En el marco de esta discusión controversial alrededor del marxismo como visión universal, ha quedado demostrada la irresoluble dificultad de indicar un único sentido para el devenir en la figura de una ley impar. Si bien los argumentos epistemológicos que sostienen esta conclusión son fuertes, en el sustrato, no podemos olvidar en ningún instante la vasta capacidad humana para crear historia a través de miles de significaciones. A raíz de su naturaleza plural, expresada en universos espirituales diversos, el hombre no puede ser reducido, a no ser por la

testaruda influencia de una fuerza de vertiente fanática, en una intención única que perfectamente defina su evolución, puesto que él, en facultad grandiosa, mantiene la soberana potestad de proyectar singularmente en el tiempo sus aspiraciones, motivaciones e ilusiones. He aquí la razón por la cual el sujeto, a diferencia de los dominios de la naturaleza, no se puede intentar simplificar, como lo hacen las imprudentes leyes históricas como el marxismo, en la categoría de fenómeno predecible mediante frías exigencias deterministas. Ciertamente, escépticos de cualquier saber que proclame el curso irreversible del destino, procuramos en adelante el enaltecimiento de una figura humana que merodea libre en el devenir, construyendo infinitas realidades desde la innovación del presente y la incertidumbre del porvenir. No se trata, desde luego, de un fundamento caprichosamente rebelde a las pretensiones científicas, sino de una posición antimecanicista que quiere reivindicar de forma urgente aquel carácter humanístico que la historia jamás debió perder. Sugerimos entonces que la ciencia, a través de sus fecundos métodos predictivos, debería enfrentarse fructuosamente a los dominios que le competen, para que de una vez por todas pueda disfrutar con suficiente tranquilidad, como espectadora desinteresada, el inconmensurable manantial de posibilidades históricas que expresa el individuo en su duración existencial.

6. HACIA UNA SUPERACIÓN DE LA ILUSIÓN MARXISTA DE LA HISTORIA

Es cierto, en este punto crucial de la disertación estamos precisados a señalar que la razón, por más limitada que debería ser en la resolución de materias vitales, no puede evitar asentir al fascinante programa de la ideología marxista. Atormentado por la sensación de soledad que origina la inequidad de su tiempo, el hombre deposita su desgarrada esperanza individual en el corpus de un sólido imaginario colectivo que persigue la misma bandera libertaria. Por supuesto, en términos de conveniencia y en posibilidades de eficacia, representa mayor certidumbre participar en gestas de transformación histórica de la mano de afiebrados camaradas que alientan la misma voz. A raíz de esta circunstancia, el entendimiento, moviéndose en dirección contraria a su naturaleza, olvida el dominio de sí mismo, desfigurándose a ritmo

vertiginoso en un fanático curso homogéneo que suprime su profusa especificidad. Partícipe de esta doctrina, el individuo, en constricción de su voluntad, pierde la capacidad de socavar perspicazmente las múltiples fuerzas que edifican su pasado, de revisar minuciosamente los cuantiosos problemas que hostigan su presente y de avistar prudentemente los plurales sentidos que acechan su posteridad. Sin tan siquiera sospecharlo, desdeñando su autonomía en franca obediencia a delirios desmedidos, aquel personaje abandona la continua tarea de pensar su historia desde la conciencia eficaz, el juicio crítico y la acción concreta. El marxismo, responsable fatal en este grave síntoma, ha ilusionado crasamente al género humano en la promulgación de respuestas definitivas a las preguntas fundamentales de la existencia: ¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo esperar? El simpatizante marxista, absorbido en la fantasía de su facción, o mejor, embriagado en el espejismo de su ficción, cree poseer la contestación universal de cada interrogante, sin lugar a prever que tal vez esté sacrificando su esperanza singular en nombre de una impetuosa voz universal que podría generar traición en el sentido trágico de la palabra.

Sobreponiéndonos al encanto marxista, mencionemos, desde la perspectiva aroniana, aquellas tres cualidades que caracterizan al devenir humano: contingente, individual, libre (ARON 1984a: 350). En la articulación de estas fuerzas, inferimos sin obstáculo alguno porqué el accidente, oponiéndose formalmente a la necesidad de la ley, ejerce una fuerza fundamental en las etapas constitutivas del tiempo. Dominada en cada una de sus distintas manifestaciones por la intersección de estas propiedades, la historia excede, en la derivación de resultados inesperados, el estrecho marco referencial de aquellas teorías del destino, demostrando de manera reiterada las múltiples caras de su natural imprevisibilidad. No queda más lugar para verificar que los acontecimientos están protagonizados por individuos que exteriorizan diversas facetas, disímiles intenciones, heterogéneas decisiones, alcanzando, como acaece de costumbre, desenlaces insospechados, efectos inadvertidos, secuelas espontáneas. Desde luego, sobre esta fisionomía del devenir, convenimos en sustentar que las acciones a las que está exigido el sujeto jamás serán fielmente demostrables por sus alcances a través de una mirada anticipada, dado que siempre estarán sujetas a las variables del desengaño o del éxito, del error o del acierto, del fracaso o del triunfo. De modo que el desajuste entre los

finés inmediatos de los actores y las consecuencias posteriores de los actos es la constante histórica por excelencia. He aquí, precisamente, el carácter contingente, individual y libre que acrecienta al devenir en cada una de sus infinitas expresiones. Acercándose de forma similar al planteamiento aroniano, rememoremos al respecto unas apropiadas palabras del francés Henri Marrou, quien realza con matices fastuosos la imperfección del hombre en el transcurso del tiempo: “La historia es un combate del espíritu, una aventura y, como todas las empresas humanas, nunca sabe más que de parciales éxitos, totalmente relativos, sin proporción con las miras y ambiciones de los comienzos; como toda lucha trabada con los desconcertantes hondones del ser, el hombre sale de ella con un sentimiento agudizado de sus límites, su endebles, su humildad” (MARROU 1968: 44).

Finalmente, más que la elaboración de una crítica desmedida, hemos revisado, desde la mera aproximación que no culmina terminantemente su propósito, algunos de los alcances más amplios de la filosofía marxista. Ciertamente, sabemos ahora que no existe una ciencia histórica que proclame el primero y que sentencie el último acto de las sociedades humanas. El marxismo, por más grandeza que ostente, por más universalismo que procure, por más presagio que formule, no podrá conferirnos jamás una imagen acabada del universo humano en la que podamos interpretar en líneas perfectas nuestra responsabilidad y leer en surcos cristalinos nuestro destino. Más allá de esta providencial pretensión, que no esconde más que formas variables de dogmatismos y maneras disimuladas de totalitarismos, solamente queda la posibilidad vital y práctica de definirse y expresarse inagotablemente ante la diversidad de valores, culturas y creencias que matizan nuestra abigarrada realidad. Efectivamente, el hombre únicamente tomará control histórico de sí mismo cuando elija, decida y actúe, sabiendo de antemano que su elección, decisión y acción, exentas de regularidades y causalidades que las guíen por el camino de una verdad absoluta, podrán comportar seguramente una pérdida, una divergencia, un simple desacuerdo, o en el peor de los casos, una lucha a ultranza. He aquí precisamente el tentador riesgo de una aventura hacia lo imprevisible llamada historia. Aron fue lo suficientemente enfático en ello: “Todo el mundo convendrá en que los individuos obedecen a sus pasiones, que alcanzan resultados que no habían previsto ni deseado, que los hombres hacen su historia sin tener conciencia de ello” (ARON 1984a: 353).

Solidario de una historia libre, excusada de leyes que la configuren como un hecho natural o como un suceso fatal, la lección de Aron es subrayar que el devenir no sigue una línea uniforme, antes bien, es fortuito, parcial e imperfecto. *Fortuito*, porque los móviles de los individuos están intrincadamente dinamizados por pasiones, intereses y conflictos de orden singular. *Parcial*, porque los ideales no se pueden materializar de forma homogénea, sino tan sólo un vacilante paso tras otro, oscilando entre el retroceso y el avance, entre el ensayo y el error, entre la pena y la gloria. *Imperfecto*, porque la embrollada naturaleza de las decisiones da cabida a los tropiezos, a las frustraciones, a las equivocaciones y, en el peor de los casos, a las perversidades. A partir de este diagrama, podemos insistir, sin incurrir en ningún momento en el absurdo pesimismo o en el estéril relativismo, que la historia es imprevisible, justamente, porque no se encuentra confeccionada por autómatas configurados como un sencillo ente mecánico que reproduce fielmente su predestinación, al contrario, está extraordinariamente tejida por humanos complejos en sus más diversas facetas, en sus más disímiles intenciones, en sus más heterogéneas realizaciones. En esta magnífica caracterización encontramos que el hombre, escapando a la categoría de fenómeno natural que se puede predecir a través de esquemas de regularidad y parámetros de causalidad, o mejor, levantándose sobre la arbitraria proclamación científica que define su horizonte vital en figura de ley, extiende, entre la pluralidad de universos espirituales dados ante sí, su profusa libertad sobre aquella realidad que mejor singulariza su inacabado proyecto histórico.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARON, Raymond

(1957) *El opio de los intelectuales*. Buenos Aires: Ediciones Leviatán.

(1984a) *Introducción a la filosofía de la historia*, Tomos I. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.

(1984b) *Introducción a la filosofía de la historia*, Tomo II. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.

(1996) *Lecciones sobre la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

MARROU, Henri

(1968) *El conocimiento histórico*. Barcelona: Editorial Labor.

MARX, Karl

(1972) *Manifiesto del partido comunista*. Moscú: Editorial Progreso.